

el malpensante

lecturas paradójicas · enero-febrero 1998 · Nº 8



FUMADORES EN MANOS DE UN DIOS ENFURECIDO

LA NATACIÓN: UN ARTE INGRÁVIDO

EL ENSAYO: NUEVAS -VIEJAS- PERSPECTIVAS

DIDEROT • BRODSKY • VICENT



P.V.P. \$4.900

índice

MamaCoca
El Papel de la Coca
www.mamacoca.org

pág. 10

Manuel Vicent

**SE
LLAMA
BABEL**

pág. 44

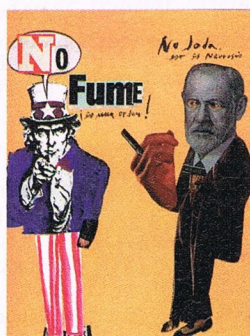
Oliver Sacks

NIÑOS DEL AGUA

pág. 20

**FUMADORES EN MANOS
DE UN DIOS ENFURECIDO**

James Nolan



pág. 56

**EL MÁS HUMANO
DE LOS GÉNEROS**

Jaime Alberto Vélez

pág. 26

**Una proposición
inmodesta**

Joseph Brodsky



pág. 70

FAULKNER

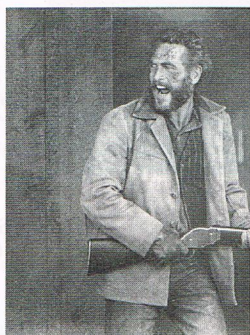
Alberto Ruy Sánchez



pág. 36

**JOHN HUSTON,
VIRTUOSO DEL FRACASO**

Juan Carlos González A.



pág. 73

P O E M A S

Roberto Valero

CARBONO 14 pág. 81

PESAR POR MI VIEJA BATA

Denis Diderot

iceberg
pág. 6

BREVIARIO

pág. 48

r e s e ñ a s
pág. 86

FUMADORES EN MANOS DE UN DIOS ENFURECIDO

JAMES NOLAN

EN EL PASADO, LOS AMERICANOS SE HAN ENSAÑADO CONTRA BRUJAS, NEGROS, CATÓLICOS, JUDÍOS, BORRACHOS, COMUNISTAS Y HOMOSEXUALES. ELLOS ERAN, PARA EL PURITANISMO ANGLOSAJÓN, OTROS TANTOS CORRUPTORES DE LA PUREZA DEL PUEBLO. AHORA LA CACERÍA ES CONTRA UNA NUEVA PRESA: LOS FUMADORES.

*Las negras nubes de la ira de Dios
penden ahora sobre vuestras cabezas...*

Jonathan Edwards

Desde aquel famoso sermón de Jonathan Edwards en 1741 hasta nuestros días, las cosas no han cambiado mucho en la sociedad americana: hemos de mantenernos unidos para *purificar* nuestro entorno del pecado, de otro modo podría contaminarnos y enviarnos directo al infierno. La forma ha variado, pero son los perros puritanos de siempre con distintos collares. Los procesos a las brujas de Salem no fueron otra cosa que símbolos de las purgas sucesivas que surgieron en las comunidades religiosas de las colonias. Después de todo, esas comunidades eran criaturas de Dios en la "tierra del diablo" y debían defender su pureza constantemente en medio de un entorno contaminador.

La teología puritana desapareció, pero no la pasión por las purgas, que se convirtió en una faceta permanente de la cultura americana. Pureza y contaminación se han mantenido como obsesión nacional. A principios del siglo XIX, por ejemplo, se "comprobó" que los inmigrantes católicos irlandeses contraían el cólera a causa de su propia depravación; y se incendiaron los conventos para evitar el contagio de la perversión papista. En el Sur, hacia finales de

siglo, se "comprobó" que los negros sifilíticos podían contaminar a las magnolias-en-flor de la raza blanca; de modo que, como "medida sanitaria", se estableció la segregación en baños, fuentes de agua potable y restaurantes. En los años veinte aprendimos, sin el menor asomo de duda, que el whisky corrompe a la juventud y destruye a la familia; y se promulgaron las leyes prohibicionistas. Y en los años cincuenta cerramos filas contra el comunista-bajo-cadacama y escudriñábamos a través de las rendijas de las persianas preguntándonos, al igual que un panfleto de la época, "Tu vecino, ¿es un verdadero americano?". En los años sesenta, la generación del *baby boom*, en un arranque de hedonismo vengativo, pensó que, junto con los sostenes y las cartillas militares, quemaba también la herencia puritana. Nadie quería pureza, bajo ninguna de sus formas, ya fuera sexual, racial o física, sobre todo esa triste forma patriarcal de labios apretados y sombrío sombrero de copa. Sin embargo, a principio de los ochenta, quizá el día de nuestro trigésimo-quinto cumpleaños, nos despertamos una mañana y caímos con espanto en la cuenta de que iba-

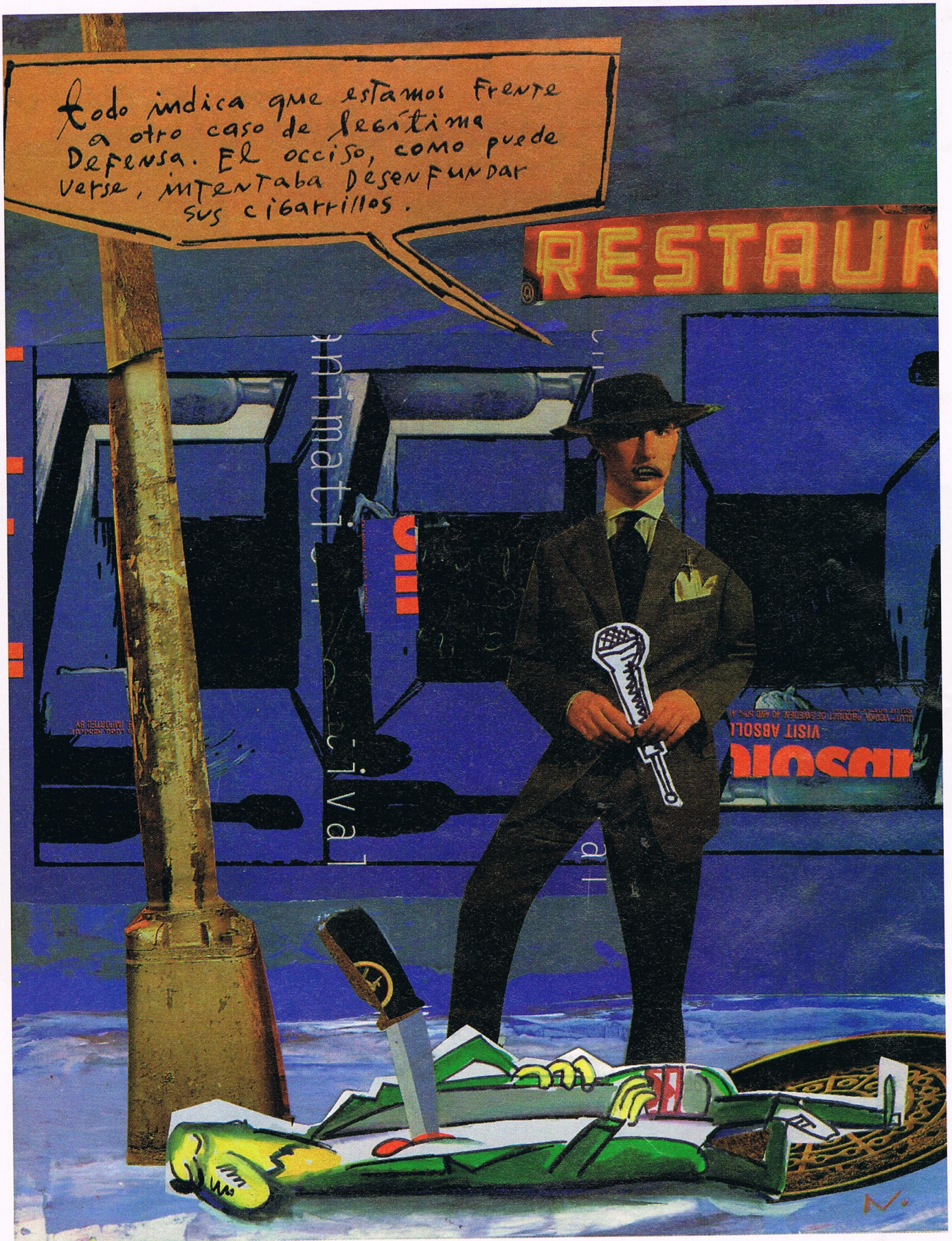
NO

*No Joda,
eso es Neurosis*

Fume

¡ es una orden !





mos a morir el día menos pensado. De pronto recordamos que nos habíamos olvidado de tener un hijo, nos habíamos olvidado de hacernos ricos y poderosos, nos habíamos olvidado de un futuro que inevitablemente acaba en un ataúd. Habíamos querido barrer el factor universal que determina todo esfuerzo humano —la corrupción de la carne, la muerte, la boca del mismísimo infierno— bajo la alfombra de una cultura gobernada por la mercadotecnia de lo joven. “La virtud es terror”, escribió Robespierre, “y el terror, virtud”. Y volvimos a conectarnos con aquellos puritanos que temblaban en los bancos bajo las sombras aterradoras de las manos gesticulantes de Jonathan Edwards.

Pero no había sacerdotes a quienes recurrir: formaban parte del pasado que habíamos quemado. De modo que nosotros, los que crecimos con Ronald Reagan salmodiando como presentador en la tele que “el progreso es el más importante de nuestros productos”, aplazamos la edad madura, le concedimos a Reagan un retorno a la pantalla en el papel de presidente veinte años más tarde, y nos dirigimos a los científicos de la medicina solicitando un informe sobre el progreso. Nos dijeron que saliéramos a hacer *footing*, que comiéramos verduras, que dejáramos de fumar, de beber y de liarnos con cualquiera. Sí, moriríamos de todos modos, pero más tarde, tal vez a los cien años, si nos portábamos bien. “Vida sana” es lo que enseñaban en la escuela dominical; pero en boca de investigadores científicos, con gráficos de laboratorio, porcentajes y ratones con tumores, era una revelación religiosa. Estábamos salvados—o al menos, aquellos de nosotros que estábamos en la onda—; y con el engruimiento moral que nos otorgaban cuatro siglos de puritanismo, nos revolvimos contra aquellos de nuestro alrededor que no lo estaban, contra aquellos que podían contaminarnos con su humo y su gordura fofa, con su pecado y su mortalidad: con su muerte. No con la nuestra.

En el pasado, los americanos se han revuelto contra brujas, católicos, judíos, negros, borrachos, comunistas y homosexuales, elementos todos ellos que, en un momento u otro, se consideraron corruptores de la pureza del pueblo. Hoy en día una bruja lesbiana, negra, católica y desalcoholizada, probablemente tendría éxito si se presentase como candidata a las elecciones municipales de cualquier ciudad importante, salvo si le sacan una fotografía con un cigarrillo en la boca. Ahora les toca el turno a los fumadores.

Aunque me temo que ocurra, a nadie debiera escapársele esta ironía histórica. Las compañías inglesas y holandesas que comerciaban con tabaco fueron las primeras en establecer colonias comerciales en Norteamérica. La invención del tabaco como producto, y de los Estados Unidos

como nación, fueron simultáneas y fortuitas. La historia inicial de los Estados Unidos está estrechamente relacionada con la comercialización de una planta indígena, que los nativos utilizaban con fines medicinales y ceremoniales. A llegar el siglo XVIII gran parte de Europa se había enganchado a fumar cigarrillos y pipa, igual que a masticar tabaco y a aspirar rapé. Era la cosecha que mayores ingresos reportaba a Estados Unidos, hasta que quedó desplazada por el rey algodón. El tabaco ha representado para la economía de los Estados Unidos lo mismo que actualmente representa la marihuana para México o la coca para Perú y Bolivia. Estas tres plantas nativas, utilizadas originalmente como plantas rituales por los indígenas de América, más tarde se cultivaron, se industrializaron, se las idolatró y se abusó de ellas de modos inimaginables para los cultivadores originales; los espíritus ancestrales se vengaron de este modo en la progenie de los colonizadores.

No obstante, estas plantas se han convertido, legal o ilegalmente, en la piedra angular de la economía (moviendo cantidades enormes de dinero) y de la identidad del Nuevo Mundo. Al igual que la hoja de arce aparece como símbolo en la bandera del Canadá, tal vez la hoja del tabaco debiera aparecer como emblema en la bandera norteamericana, la hoja de marihuana en la de México y la de coca en la del Perú, a modo de enlace entre la horticultura indígena y la economía moderna.

Mis amigos europeos se quejan continuamente de que fueron las películas y los anuncios americanos los que, a partir de los años veinte, cambiaron los hábitos de los fumadores a escala mundial; y de fumar cigarro y pipa entre caballeros se pasó a la fascinación sexy unisex de los fumadores empedernidos, a lo Bogart y Bette. El coctel y el cigarrillo urbanos del cine americano de los treinta y los cuarenta han quedado reemplazados por las escenas obligadas de persecuciones en coches con hostiazos metálicos y sangrientas masacres pistoleras de los tan saludables años noventa. ¿Y qué es lo que ahora vendemos al mundo? Pues coches y armas. Y para tranquilizar las conciencias, los cigarrillos americanos nos advierten ahora de que son perjudiciales para la salud, en tanto que los coches, los rifles de asalto y los misiles SCUD no lo son.

Mientras las industrias de petróleo y de armamento generadas en América están desgarrando al mundo con la destrucción irreversible de la capa de ozono y las guerras interminables a pequeña escala, nosotros nos mantenemos distanciamos virtuosos porque depuramos a los fumadores y advertimos al mundo de modo paternalista que, por su propio bien, tiene que dejar de fumar nuestra planta.

No fumes productos americanos: es malo para tu salud. Pero ¡naturalmente!, conduce y dispara productos americanos: Rambo sustituye a Bogart. Y bien untados con crema solar factor 30, agazapados bajo un chaleco anti-balas dentro de un recinto de alta seguridad, todos viviremos para poder celebrar nuestro cumpleaños número cien... con tal que consigamos dejar de fumar.

Fumar, por supuesto, es un vicio sucio, y lo mismo que el alcohol, la carne roja, las ostras vivas, el café, la torta Sacher, el sexo desenfrenado y la inmovilidad engordante que imponen la tele y los coches, no es especialmente bueno para la salud. No hacía falta que murieran millones de ratones de laboratorio para probarlo. Lo ideal sería subsistir con fruta y vegetales secos, haciendo ejercicio en una rueda, como ya lo hacen esos perfectos y voluntariosos hámsters que viven al interior nuestro. La autoperfección compulsiva del temperamento calvinista —“cada día un poquito mejor en todos los aspectos”— es herencia de una teología en la que uno tiene que ganarse la salvación. Una vez salvado, pasas a ser, como los enfermos heterosexuales de SIDA, una “víctima inocente” ante cualquier calamidad que pueda ocurrirte, víctima a la que hay que compadecer antes que censurar.

Para los puritanos es esencial no sólo ser puro, sino que todas y cada una de las personas en el círculo íntimo del elegido sean también puras, para que no contaminen a las personas de verdadera fe.

El olfato es el sentido básico, por excelencia, de los mamíferos, y la nariz es a menudo el agente por el cual los puros se contaminan. El Otro apesta. A los puritanos se les advertía que podían detectar al diablo por su olor a azufre. Los nazis y los blancos racistas atribuyen un olor particular a los judíos y a los negros, y basta una vaharada de ese olor para contaminar su pureza racial. Los misóginos dicen lo mismo acerca de las mujeres, y en ciertas sociedades se dice que el olor de la sangre menstrual contamina la comida.

Las fobias de contaminación van mucho más lejos. Incluso antes del SIDA, los homófobos sentían que su pureza sexual se contaminaba con la mera presencia de un homosexual y que era mejor ducharse después de haber estado sentado involuntariamente junto a uno de ellos. Pero no ducharse con uno de ellos. Actualmente los soldados americanos piensan que si se ducharan o compartieran el cuartel con soldados gay, se volverían menos hombres. En el viejo Sur, a los blancos se les educaba con un malsano horror a “la saliva de los negros”. Los platos en los que comía la criada negra se guardaban bajo el fregadero, junto con las cosas de la limpieza, y un plato o un vaso se considera-

ban contaminados si por casualidad los utilizaba ella sin que fueran “los suyos”. Fobias a la contaminación tan irracionales como éstas se encuentran en las señas de identidad esenciales de todo grupo exclusivo, ya sea por raza, lengua, religión o dieta. Como ocurre con los animales, los grupos se forman siguiendo las líneas territoriales, a menudo invisibles, que marcan los límites entre los que pertenecen y los que no pertenecen al grupo.

El olor a humo de tabaco significa que un extraño se encuentra entre nosotros, alguien que no está salvado y que nos está recordando nuestra mortalidad: es decir, un pecador. Y en términos de hedor, salud y polución, nunca he podido entender en absoluto cómo los yonquis del combustible fósil, es decir, cualquiera que conduzca un coche, puedan criticar a una persona que fuma tabaco. Un automóvil lanza al aire cada año dos toneladas y media de dióxido de carbono, sin contar los aditivos químicos de la gasolina. Los resultados desastrosos para el clima y el medio ambiente son bien conocidos; sin embargo, se nos anima insistentemente —los anuncios son incesantes— a que compremos más y más coches. Los concejales que reducen drásticamente los presupuestos de transporte público son los mismos que, “preocupados por el medio ambiente”, prohíben fumar. El medio ambiente está envenenado por los desechos del combustible fósil y por los plásticos derivados del petróleo, tanto ahora como para las generaciones futuras. La mayoría de los americanos trabajan y viven en burbujas selladas sintéticamente y decoradas con materiales acrílicos tóxicos, respirando un aire de quinta mano que circula por filtros de fibras mohosas. Las ventanas no se abren; no hay aceras. ¿Es ésta la cultura de los fanáticos del aire puro?

Las personas sometidas a un fuerte impacto a menudo centran la atención en algún pequeño detalle con el fin de simular que controlan una situación devastadora. Igual que una familia que ve cómo su casa se quema hasta los cimientos y presa del pánico se obsesiona en salvar la pecera que ha quedado adentro, así nosotros nos hemos concentrado en el “sin humo” —no el de petróleo, sino el de tabaco— como solución simbólica al apocalipsis del medio ambiente. El mismo habitante de Los Ángeles que conduce durante una hora y media atravesando la espesa niebla amarillenta que envuelve al laberinto de autopistas para llegar a un restaurante, pedirá sentarse en una zona de no fumadores. Pero no conducimos por tu sala de estar, protestan los conductores. Y les muestro mi ventana que da a una fila apretada de coches aparcados y les contesto, oh sí que lo hacéis. Desde luego que sí.

Ha llegado el momento de levantarme del banco de la iglesia para declarar ante la mirada mezquina de los fieles que soy un pecador. Yo fumo. Vivo en Barcelona, una ciudad donde casi todo el mundo fuma. De modo que di por sentado que, con mi conservadora familia de Nueva Orleans, lo peor ya había pasado; hasta que encendí un cigarrillo. Durante años fui la oveja negra, un comunista militante de los derechos civiles, un hippie pansexual y poeta sin un duro, "pervertido", como dijo una vez mi padre, "por *El manifiesto comunista*". Sin embargo, después de todas las luchas por las que hemos pasado —pelo largo, integración, Vietnam, amor libre y revolución—, todas olvidadas y perdonadas por una amnesia optimista inducida por los medios de comunicación, ahora son mis cigarrillos los que me señalan como el enemigo y me hacen salir fuera, literalmente, para echar humo, del mismo modo que ocurrió con mis ideas en otros tiempos. Curioso, pero allá por el año 68 fumar era la única cosa que parecíamos tener en común.

Aquellos amigos que, los muy virtuosos, tapaban el vaso con la mano cuando en los años ochenta iba a escanciarles

vino —¿Tienes Perrier? era la superrespuesta—, se han enterado de que los manantiales de Perrier estuvieron contaminados durante años por desechos cancerígenos y que en cambio el vino tinto contrarresta el temible colesterol. Ahora se pregona a los cuatro vientos que la dieta mediterránea es la clave de la longevidad, y los americanos comen obedientes su pasta con tomates secados al sol. Sin embargo, los españoles, que como promedio viven tres años más que los americanos y que son notablemente más atractivos, lo hacen todo al revés de las normas americanas: fuman como chimeneas, devoran grasa y alcohol y se pasan la noche despiertos en bares ruidosos llenos de humo. Los ingredientes secretos de la receta son trabajar lo menos posible, caminar durante horas todos los días, dormir toda la tarde, tener aventuras amorosas, cantar en voz alta mientras tienden la ropa al sol, tomarse seis semanas de vacaciones y en general disfrutar de la vida. Esta es la base profunda y nada americana para el éxito de la dieta mediterránea: ni calamares ni aceite de oliva, sino una vida vivida por el solo placer de vivir. **em**



CELUMOVIL



**CLUBES HAY MUCHOS.
PERO SOLO UNO PREMIA
A SUS SOCIOS
CON DESCUENTOS
Y PUNTOS ACUMULABLES
POR SUS CONSUMOS**




Si, porque nuestros socios al hablar, acumulan puntos y más puntos con los que pueden conseguir Millas **Avianca plus**, minutos* celulares gratis, accesorios y muchos

Descuentos

**En sus compras,
viajes, ocio...**

¡ Todo un mundo de privilegios exclusivos !

Desde las más selectas boutiques, a todo tipo de almacenes, joyerías, restaurantes, teatros, conciertos, vacaciones...y es que el Club de Usuarios Celumovil, es el único con todos los puntos a su favor.



Para mayor información
llamar a la línea: 9800 - 19222
o desde su Celumovil

*** 6 1 1 SND**

* Sujetos a plan tarifario